

El Entreacto.

PERIODICO DE TEATROS,

LITERATURA, ARTES Y MODAS.

Costumbres de la Habana.

ALREDEDORES DEL TEATRO.

Un domingo por la tarde.

*Ridentem dicere verum
quid vetat?*

HORA. SAT. 1.ª

Traducción libre.

*¿Por qué la verdad desnuda
no he de poder yo decir,
trémome de las cosas
que me propugno escribir?*

Y entre risa y formalidad, entre burlas y veras, se me ha antojado escribir ahora mismo un artículo acerca del teatro. Acerca del teatro, si señores, y por mas señas el de *Tacon*. Sin embargo, el que crea que esta promesa me compromete á algo, se equivocará ciertamente, dando á entender la ignorancia en que está de que un mismo objeto se puede *envisager*, eucararse, examinarse bajo muchos aspectos distintos. El teatro, por ejemplo, si por tal se considera su parte interior solamente, se divide en dos tan heterogéneas, como diferencias hay entre el ver y el obrar. La primera es el espectáculo, la sociedad con sus vicios y sus virtudes. La segunda, esa misma sociedad que va á contemplarse á sí misma, á estudiar en sí misma y á divertirse consigo misma. De aquí nace precisamente que el público que asiste á un drama, falla sin apelacion en favor ó en contra del público que lo ofrece en escena, porque es el juez mas competente, y se sentencia á sí mismo exento de pasiones. He aquí tambien resuelto el oscuro problema que tantas cosquillas hace á los hombres de letras. ¿Cómo el vulgo silba una produccion que es incapaz de comprender? Por eso mismo. Porque no la comprende. Porque quiere cosas al alcance de su limitada inteligencia. Y esto á lo menos prueba que el autor que escribe para un público ilustrado, una de dos, ó ha de limitarse á los conocimientos de éste, ó ha de ser silbado. El necio puede preferir lo primero:

al verdadero talento nada importa lo segundo.

Independientes de estas dos partes, la sociedad en accion y la sociedad en espectacion, podemos considerar otras en que cada una de ellas se subdivide, despues que cesan sus relaciones ó antes que empiezen: mas claro, antes que suba ó despues que baja el telon de boca. A saber: los actores desnudos de los brillantes atavios con que se adornan para figurar la sociedad, y el público que se apresura á comprar en el despacho de billetes el derecho de reirse de sus propios deslices, ó á que sale del teatro satis echo sino, sale renegando, porque ha comprendido bien lo que le han explicado, es decir, lo que él mismo hace en la calle, en su casa ó en la agena, dado el caso de que los autores y los actores dramáticos expliquen lo que hace el público.

Si fijamos ahora la atencion en el exterior de un teatro, ¿qué vemos? Un caseron por lo regular aislado, desierto durante el dia, y animado algunas horas antes de abrirse sus puertas por una multitud de curiosos, (los mismos casi siempre) que toman posesion de sus alrededores por costumbre, que son amigos de todos los actores por aficion, que saludan á todas las actrices por darse importancia, y que despedazan sin piedad la comedia ofrecida ó la egecutada, porque asi consiguen el dictado de inteligentes.

Dejando para otro dia el Teatro por dentro de la Habana, que bien merece ocupar los pinceles de un bosquejador de costumbres, tratemos hoy de los pocos originales que nos presentan á trechos las columnas del de *Tacon* y la puerta del café contiguo al mismo.

Era el domingo..... (se me ha olvidado la fecha,) y se representaba por la tarde un drama romántico; con esto queda dicho que era bueno. Su título: *Adel-El-Zegri*, escrito por un ingenio que á él debe su reputacion literaria. Habia yo comido con un amigo que ciertamente no carece de buenas disposiciones, aunque poco cultivadas, porque la carrera á que se dedica con aprovechamiento desde sus tiernos años, está en oposicion abierta con

la literatura: en una palabra, es mercader, y habiéndome propuesto ir al teatro, acepté, aunque no me agrada esta clase de diversion á las cuatro de la tarde. Tal vez no sepa yo mismo dar una razon satisfactoria que justifique esta repugnancia; tal vez la funde en alguna que por cierto no es trivial, como v. gr.: la luz del sol, penetrando por las rendijas de las ventanas y por las puertas, perjudica al efecto de las artificiales, y destruye por consiguiente la ilusion. El convencimiento íntimo que uno tiene de que es de dia, es tambien mas que suficiente para que la tal ilusion no exista. De todos modos, eumplo con declarar que no soy partidario de ningun drama representado de dia, sin que esta opinion particular mia aspire á la pretension de convencer á los demas, cuando por otra parte creo que si el teatro es un espejo fiel de las costumbres de una época, tanto vale mirarnos en él de dia como de noche.

Al salir por la puerta de *Monserate* se descubre, al través de varios arboles que le hacen sombra, un soberbio edificio, á cuyo único *patio* (1) dá entrada un pórtico que tiene la figura de un paralelepípedo rectangular. Columnas de orden Pero ¿á donde voy á parar? ¿He prometido por ventura una descripcion arquitectónica del teatro de *Tacon*? No: estoy escribiendo un artículo de costumbres, un cuadro de *originales* de columnas afuera. Por lo tanto, poco importa para mi propósito que estas sean jónicas ó corintias. Todo el que quiera puede examinar su trabajo artístico, pues aunque ignore los términos técnicos, sabrá en cambio si son feas ó de buen gusto, con tal que posea unos ojos regulares. La parte moral de los individuos que las contemplan es la única que está en mis atribuciones.

Cuando llegué con *don Gil de la Cueva* (este es el nombre del amigo con quien comí) á la puerta del café, hallámosla ocupada por un corrillo de elegantes que al momento nos encararon sus lentes á siete pasos de distancia. Como nuestros rostros aunque bastante exóticos no son de tan subido realdad que espanten, segun lo he observado en mi amigo y en mi espejo,

(1) Sabido es que se designa con esta palabra el espacio comprendido entre la entrada interior y las últimas lunetas, destinado para los que presencian de pie el espectáculo. En los teatros modernos se va desterrando esta costumbre, y se aprovecha dicho espacio con lunetas. Aquí *patio* alude al hermoso que adorna la entrada del teatro de *Tacon*.

aquellos caballeros se contentaron con dirigirnos sus miradas (á mas de cuatro impidieron los lentes reconocernos) y prosiguieron la conversacion que nuestra llegada habia interrumpido un instante.

Es indudable, decia cierta figura raquítica con espejuelos y melenas. Ese drama vá á arrebatarse; es lo mejor que se ha escrito.—«Pues señor, no estamos conformes, respondió otro del corro. Yo soy de opinion que es lo mas detestable que puede ofrecerse al público.—Eso consiste en que vd. es clásico.—«Muy enhorabuena, y por lo mismo pienso comprar un pito para el jueves. Dime, Lucas, ¿no es el jueves cuando debe representarse?—«Si el tiempo lo permite, contestó este con sorna. Pero permítalo ó nó, poco me importa: así como así, no lo he de ver.....—«¿Por qué?—«Porque es inmoral.—«Otro clásico! ¿Qué es esto? ¿Estamos en el siglo trece —«Vd. no sabe lo que dice.—Mejor que vd. El drama es admirable.—«Al contrario; una escuela de corrupcion.—«Y se ha de venir el teatro abajo.—«A silbidos.—«A aplausos.—«Allá lo veredes.—«Ya está visto, porque he asistido á un ensayo, y no hay mas que ver —

Silencio! Silencio! ¿Qué diablos de barullo es este? gritó un hombrecillo de cuatro pies y una pulgada, que apareció de repente en medio del corrillo. ¿Saben vds. la novedad?—«¿Qué hay? ¿Qué hay? preguntaron todos —«Que se ha suspendido por enfermedad de *Duclos la segunda Dama Duende* —Vd. sueña, mi amigo, replicó un doctor en medicina; acabo de ver á ese actor sano y bueno. La prueba es que esta tarde representa.—«Con efecto, representa.... no lo sabia me habian asegurado... Ah! Otra noticia: el Diccionario de *Modas* previene rigurosamente que el verdadero *Dandy* se presente en los paseos, en el teatro y en las visitas *exornado* con el *aparato* que requiere el buen tono. Nada de *negligé*, esto es añejo y..... ya se sabe: la indispensable cotilla á *trois baleines*: la *chevelure éparsé* y los anteojos dobles, *des lunettes á deux verres* completan hoy *l'équipage* de todo progresista, segun el último figurin de Paris.—Enterados, le respondió el médico: no ignoramos que vd. caballero *Pennulet* es el *corre, vé y dile* de todo cuanto raro y extravagante le inspira su exagerada fantasía.—«*A la bonne heure*

Dejamos á aquellos fátuos emplear el tiempo en necedades, y acercándonos á la fachada del teatro nos reunimos á unos cuantos críticos que estaban comentando el *Noticioso y Lucero* —«Estupendo anuncio! *Andresillo*, exclamó uno de ellos en cuanto me vió. Léalo vd. por su vida, y

dígame luego si no merece ocupar por su elocuencia ciceroniana la primera página de un periódico en lugar de la cuarta que le ha destinado el embrollador P.—¿Qué es ello? dije sin guardar mi incógnito, supuesto que me veía interpelado cara à cara.—Un anuncio de la lengua *orfica*.—No lo entiendo.—Pues bien claro está oiga usted.

«El preceptor de la *Orfica*, lengua italiana, don Juan Bautista Jogui, residente en el real colegio de san Fernando, estramuros, se complace sumamente en ofrecer sus ténues servicios à todos los apreciables ciudadanos habaneros, amantes fieles y aprovechados de la amena literaria cultura, y en particular modo à las donosas señoritas, elixir benéfico de la sociedad. Deseoso pues de ocupar algunos ratos diarios, dando lecciones de dicho idioma, así como del latino, llave maestra de los preciosos archivos de Minerva, convida à los simpatizantes con las referidas lenguas à honrarle en copioso número de su generosa confianza.»

¿Qué le parece à vd. amigo Andresillo? —Me parece que los *simpatizantes* con tal que sean *ciudadanos habaneros*, esto es, del casco de la ciudad (con los de estramuros no se habla) y las señoritas, si son donosas, pues las que carecen de gracia y donaire no entran en el número, ni pueden ser ó servir de *elixir benéfico*, están conyudados à aprender la *Orfica* y el latín, y deben honrar al preceptor en copioso número de su generosa confianza.

¡Ola señor don Juan Jorge! ¿vd. también por aquí, eh?—Sí; à ver el *Adel*: dicen que es tan bueno.—Ya; ¿y vd. viene à verlo?—Por supuesto.—Y ¿qué tal, qué tal va pintando con la literatura?—Desde que imprimí el drama de marras por suscripción, no he vuelto à dar plumada. ¿Quién diablos ha de escribir? si nadie lee....—Pero supongo que se representará....—Hombre, acerca de eso hay mucho que decir; ya hablaremos despacio otro día.... Ah! ¿Qué veo! ¿No es aquella la *Cañete*?—La misma.—Oh! pues es preciso saludarla al paso. Mire vd. ahora vá à à vestirse para representar el papel de doña Isabel de *Valmorado*. ¿Qué bien lo hizo la noche del beneficio de *Duclos*! Con tal que hoy nos dé la mitad, me contento. Ya está aquí. A Dios, preciosa. Viva todo el salero de Sevilla.—Dios tenga misericordia de tu cabeza de chorlito, dije yo al oído de mi inseparable don Gil.

¡Las cuatro! ¡las cuatro! ¿y no tengo luneta! sale gritando del *café* un baratillero de la plaza vieja.—Si vd. gusta, caballero, le dice un apunte, yo he comprado dos....—Gracias, amigo, muchas gracias: voy à

ver si en el despacho de billetes....—Ya se han acabado, caballero.—Es imposible: nunca se acababan.—No lo dude vd. caballero: estas son las últimas que había.—¿Cosa mas rara! será la primera vez que sucede. Hombre, si es así, hágame vd. el favor de cederme una de las dos, y le abonaré su valor.—No hay inconveniente, caballero, y se la doy à vd. barata; por diez reales....—¿Cómo diez reales!—Ni un chico menos, caballero: à mí me cuesta un peso....—Pues ¿qué! ¿han subido los precios sin participarlo al público?—No.... No señor.... Lo que es los precios.... no han subido precisamente, pero ya conoce vd. caballero, que algo he de ganar....—Bribon! Entiendo; vd. es un revendedor de localidades, un monopolizador! Algo he oído hablar de eso, pero jamás hubiera creído que también por la tarde....—No señor; estas son para la noche.—Ah! para la noche. ¿Y quién le ha dicho à vd. que yo puedo venir al teatro por la noche?—Es que se hace la *Segunda Dama Duende*.—Aunque se hagan las *Once mil vírgenes fantasma* será lo mismo. Yo soy baratillero ¿entiende vd.? baratillero para servirle; y en la Habana los baratilleros y los dependientes de tiendas, solo sostienen el teatro los domingos por la tarde.

En esto la orquesta anunció que la funcion iba à empezar. La mitad de la calzada del Monte y toda la calle de la Muralla se agruparon à la puerta del Teatro: mi amigo é yo entramos tambien; pero solo vimos el primer acto. En el momento que don Fernando y don Gonzal abandonaron la plaza de Granada para ir à darse de estocadas, por su hermana el uno, y el otro por su amante, dejé caer con estrépito el asiento de mi luneta, por conformarme con la costumbre, y me dirigí al *Café*. Don Gil me siguió. Sentámonos à la primera mesa y llamando à un mozo, que se dejó llamar tres veces antes de acercarse, pedimos dos vasos de *naranja fria*.

¿Qué dice vd. de nuestros actores? me preguntó don Gil.—Hasta ahora no me ha sido posible formar un juicio exacto de sus facultades artísticas. Sin embargo, la última escena del primer acto entre *Duclos* y *Hermosilla* ha estado muy feliz, y prueba que los dos directores pueden trabajar mucho y bien. Pero dejemos esto à un lado, y repare vd. en lo que tenemos delante. ¿Quien es ese hombre gordo, que habla à manotazos y parece decidir de todo sin apelacion?—¿No lo conoce vd.?—No.—Es un *vate*; el poeta *Gonzalo Crespeu* que acaba de componer una mala comedia, y anda lavando la cara à los cómicos, à fin de que se la reciban para un *beneficio*.—Y lo conseguirá: por que la adulacion con-

sigue cuanto quiere. ¿Y ese que entra dándose tanta importancia?—¡Ja! ¡Ja! ¡El famoso M. Tarín! Otro poeta dramático de *nuestros días*. Los malditos han jurado reunirse hoy aquí. —No lo extraño. Este sitio es al Teatro de *Tacon*, lo que al del *Príncipe* el café del mismo nombre; la madriguera, el escondrijo de las Musas.—En cuanto á ese, todo lo satisfecho y vivaracho que vd. le vé, ha corrido con sus producciones adversa y próspera fortuna. Su drama mató á otro drama, sin más provecho 'qué matarlo, pues al fin y postre vino él á caer para no levantarse nunca; y advierto á vd. que ninguno de los dos se ha puesto en escena. —Pues ¿cómo fué eso?—Intriguillas y.... Vamos, vd. no conoce á los poetas. Es gente, que por un quitame allá esas pajas, se despedaza sin compasión.—Medio comprendo lo que vd. quiere darme á entender, y ya no me admira que después de haber sido aplaudida con entusiasmo una producción en las tablas, y después de haber sudado las prensas para hacer decir á los periódicos mil lindizas en su favor, hayamos salido con que la tal producción.... Mas ¿qué ruido es ese? ¿Silbidos?... yo creo que se está acabando el segundo acto.—¡Qué! Ni por pienso. En la Habana no se silba, se aplaude para alentar á los ingenios. Eso será....—Ya, ya veo lo que es: el respetable público que viene á refrescar durante el entreacto, y sale del interior como la avenida de un río. ¿Qué bulla! Señor, ¿Qué bulla! En mi vida he visto público más alegre.

Levantámonos y volvimos á tomar puesto en la parte exterior del teatro. ¿Qué brillantes quitrines rodaban por la *Alameda* y doblando la esquina del café, seguían por la calle de San Miguel. Iban al paseo, al gran paseo de *Tacon*. ¿Qué caballos tan lozanos y arrogantes los conducían! Pero sobre todo, ¿qué mugeres turbaban mi vista al cruzar rápidamente como visiones encantadoras! Porque lo confieso, mi vista se turba siempre que vislumbro colocada en la concha de un *Quitrín* á una muger hermosa. ¿Y pasan tantas por allí! En cambio también pasan hombres muy feos, tanto en *carruages* como á caballo; pero yo no miro á los hombres, á menos que no haya mugeres. ¿Y dónde no hay mugeres?

Adel-El-Zegri se había concluido, y mas de veinte corrillos ocupaban los alrededores del teatro. Componíanse de hombres que, como yo, devoraban con la vista los atractivos de las fugitivas que aparecían y desaparecían á manera de relámpagos, y de otros, que no discutiendo modo mejor de matar el tiempo, discurrían estar de pie. Es inútil decir que los *consabidos bancos* (los

cuales, entre paréntesis, bien pudieran contribuir con algo mensual para reparos de las columnas del teatro) estaban deseando romperse; tal era el peso que los oprimía. Desde ellos, por ejemplo, asestaba su disforme lente un barrigón de tomo y lomo, que tenía alquilada la punta de uno para tomar el fresco todas las tardes; en ellos esplicaba cierto traductor de la lengua una escena que no había comprendido del drama representado; y junto á ellos en fin recibía un cómico las enhorabuena de sus apasionados por el acierto con que había *egecutado* su papel.

En frente del sitio que ocupaba yo, y separado por la calle Calzada que desde a puerta de *Monserate* conduce á la de *Galiano* elevaba su frente piramidal un puesto de plátanos, piñas, naranjas y melones; veíanse á trechos hacia la derecha por entre los cocoteros las murallas de la Habana, desierta á la sazón, y una nube de polvo á la izquierda. Empezaban á reverberar su amarillenta luz los faroles de la *Alameda*, condenada por el abandono y por la soledad á servir de madrina á los amores nocturnos; y los que se retiraban del drama, y los que acudían á la comedia, aquellos partidarios de *Victor Hugo*, estos de *Calderón*, se mezclaban, se confundían entre las columnas del teatro, los unos haciéndose lenguas de *Adel-El-Zegri*, deseando los otros hacérselas de la *Segunda Dama Duende*. Y ¡cosa increíble! La comedia calderoniana es traducción del francés, y el drama de la escuela francesa es original español. ¡Singular anomalía!

Mis originales empero permanecían impertérritos, sin dar señales de abandonar el sitio. El muñeco de los espejuelos, sus dos contrincantes, el enano *Pennilet* ensartando sus modas á la francesa, mi paisano don Juan Jorge, el revendedor de lunetas, los dos poetas dramáticos, el hombre del barrigón y el traductor de la lengua en nada menos pensaban que en separarse de allí. Esto es natural. Aquellos entes constituyen forzosamente los accesorios de un teatro; no viven, sino viven unidos á él; forman por sí solos un adorno, una parte pintoresca de sus alrededores. Aunque este no se vea, se adivina su proximidad al observarlos errar por las inmediaciones; en una palabra son para el teatro lo que es la yedra para el olmo, lo que es un anuncio para un periódico y una lechuga para un cementerio.—*Andresillo*.

Chismografía madrileña.

ENSALADILLA.

Si quieres, Fabio, saber

cómo en la corte se medra,
y á los hombres conocer
que se pegan cual la yedra
á la pared del palacio,
donde habita
del soplon
la inaudita
profesion;
llega á mi cámara oscura,
y lo hallarás en pintura.

¿Ves un ente majadero,
que viste largo *sortú*,
con el aspecto grosero,
cual se pinta á Bercebú?
pues díz que tiene talento,
por que juega
á todo palo,
y se llega
hasta á lo malo,
en su pasión dominante,
de arruinar al semejante.

Por allí con aire erguido
y uniforme decorado,
albagándose el oído
con el Usía elevado
que oye á la plebe servil,
se pasea
don Canuto,
gran badea,
regio bruto,
¿A ver qué dice el registro?
«Fué cochero de un Ministro»

Paso—que llega una dama
en lucida carretela—
Como el público la aclama,
y la turba necia vuela
á rendirse ante sus pies!
¿Es la Reina?
¡qué bobada!
¿Es la Infanta?
¡ni soñada!
Pues dime quién es, te pido.
Una moza del partido.

Aquel hombre sin camisa
rebozado en mil harapos,
que camina tan de prisa,
y envueltos en unos trapos
sugeta en la mano diestra
un engaste
de papeles
¡que contraste!
¡no hay pinceles...!
tanta miseria me inquieta;
no te admire que es poeta.

En el suntuoso edificio
que se mira allá de frente,
la puerta es corto resquicio

para que entre diligente,
entre mil peticionarios,
un magnate
tan hinchado,
y en orate
transformado,
que de misero barbero,
ya es rentista ó financiero.

En aquel guardacanton
el pueblo en ademán mudo,
mira impaciente á un sayón
con un puchero de engrudo
fijando grandes carteles.
Cual se juntan
los lectores!
¡cómo apuntan
sus colores,
Si pudiera desde aquí...
ya avizoro, dice así.

Bástale al cura sapiente
conocer algo el latín,
y al erudito elocuente
escribir un folletín.
Al ministro la destreza;
al artista
nombre y fama
y al jurista,
de una dama
el favor, que al parecer,
se halla así cuanto hay que ser.

El Fison.

Lucrecia Borgia.

Porque no es costumbre reformar en materia de crítica teatral los juicios; ni aun modificarlos, nos abstendremos de entrar en materia con respecto á esta bellísima ópera, que en nuestro concepto encierra la mejor música de Donnizetti, así como la mejor poesía del conde Pépoli.

Dicho esto, pasaremos á hablar del brillante éxito que ha tenido esta ópera en las varias noches que se ha ejecutado, éxito que, es de justicia confesar, se debió en gran parte al distinguido talento dramático de la señora Villó. Cuando una cantante ha recibido de la naturaleza las dotes de sensibilidad y ardiente imaginación, que sobresalen en esta artista, es imposible que en ciertos momentos no logre subyugar completamente al auditorio, como la señora Villó lo consiguió en el dúo de tiple y tenor, en el de tiple y bajo, y en el rondó final, donde como actriz hizo lo que solo es dado al talento y á un profundo estudio del corazón humano; y como cantante nos

hizo sentir con su voz melodiosa el dolor de una madre que acaba de perder á su hijo. En esa escena desplegó una sensibilidad exquisita en su canto y en sus acciones, al par de una energía y desesperación que contristaba arrancando una lágrima al espectador.

Con no menos maestría ejecutó el brillante terceto que comienza,

Della Duchessa al preghi
che il vostro fallo obblia,

palabras lisongeras que pronuncia el duque, ocultando la perfidia que abriga en su corazón. El señor Lej cantó estos versos con toda la dignidad, con la maestría que notamos en todas las piezas que desempeña, y nos hizo temblar de horror al proferir aquellas terribles frases,

Guai se ti fugge un moto
se ti trasdice un detto.

Pero volviendo á la señora Villó, debemos decir que en todo el terceto estuvo inimitable y principalmente en el alegre. Con qué ternura, con qué sensibilidad cantó estos versos,

Infelice il veleno bevesti
non far moto traficto cadresti.

Pero baste decir que el público entusiasmado manifestó ostensiblemente su complacencia pidiendo se repitiese éste, habiéndonos admirado en extremo el oírle cantar por segunda vez con mas gusto y valentía, si cabe, que la primera.

La señora Plányol logró una favorable, pero justa acogida del público, quien le tributó repetidos aplausos, debidos tan solo al mérito que la adorna, pues su papel es bastante corto para que pudiese lucir en él, cuanto con todo fundamento nos pareció podíamos esperar de esa jóven. Sin embargo diremos, que el duo de contralto y tenor lo creíamos un lunar de la ópera; hasta, que con su sonora voz y delicado gusto en el canto, nos hizo comprender el verdadero mérito de la pieza. En la *Barquerola* estuvo igualmente muy feliz.

El señor Confortini unió nuevos laureles á los que con tanta justicia adquirió en la última temporada que tuvimos el placer de escuchar la armonía de sus acentos: y el señor Lej, del que ya hemos hecho justa mención, correspondió como siempre dignamente á cimentar su bien adquirida reputación artística.

No concluiremos sin tributar un merecido elogio á los coros, cuya aplicación y amor al arte van acreditando de día en día.

J. de la B. y C.

POESIA.

A mi señora.

Tan solo para ser tuyo
me huelgo de no ser mio.

D. JUAN DE MATOS FRAGOSO.

¡Feliz el que á mereceros,
jóven hermosa llegó!
¡triste del hombre que al veros,
sintió el dolor de perderos
como lo he sentido yo!

¡Infeliz el que suspira
cual yo por vuestra beldad
que tanta ternura inspira!
¡triste de aquel que delira
con funesta ceguedad!

Prenda de otro amor perdida,
señora, para mis brazos,
sois belleza apetecida,
sugeta de agenos lazos
á la ley aborrecida.

Sois en el mundo ignorada,
la joya de mas valia:
sois la flor mas delicada
que el vergel embellecía,
por dura mano cortada.

Con ilusion placentera
os vi por la vez primera,
señora, cuando os amé....
entonces dichoso era,
pero sin dicha quedé.

Y entre esperanza y temor,
tan dulce y encantador
fué para mi aquel momento,
como del primer amor
es sublime el sentimiento.

Yo un tiempo vi en los albores
de mis sueños juveniles
la imagen de los amores,
en deliciosos pensiles,
entre placeres y flores.

Ví un suelo de bien andanza
ameno, bello, riente:
vi con grata confianza
un porvenir esplendente,
dorado con la esperanza.

Y cual emblema dichoso
del amor y del placer
yo vi una muger gozoso,

en mi sueño deleitoso...
y erais vos, esa muger.

Así os miré cual portento
de soñada realidad,
señora, y en el momento
os di con mi libertad
mi solaz y mi contento.

Destello de mi ventura
aquí fuisteis para mí:
mas luego con amargura
lloré su luz cuando vi
agena vuestra hermosura.

Rigor fué de mi destino
¡o señora! tanto mal;
pues cuando el bien me previno,
trocó su encanto divino
en esta pena mortal.

¡Triste de mí! que sin duelo
embebecidos los ojos
de vos en el breve cielo,
os rendí el alma en despojos
de mi cariñoso anhelo.

Del yugo de amor esento,
quizá con altivo aliento,
feliz sin él he vivido:
mas hoy que lo he conocido,
ha sido para tormento.

Cuando mas su angustia impía
lamenta triste mi pecho,
sufro en letal agonía
al contentemplar sin derecho
hacia vos el alma mía.

Mas en medio del pesar,
y este vano delirar
que me aflige y me devora,
es á mi ciego anhelar
la pena consoladora.

¡Ah! señora, solo el llanto
de mi dolor me consuela;
pues á impulsos del quebranto
él á vos tierno revela
tanto amor, anhelo tanto.

Alivio con el dolor
de mi negro torcedor
siento falaz en mi pena,
que con brillo engañador
á padecer me condena.

¡Ay! y así el delirio ciego
de esta tirana pasión
que arrebató mi sosiego,
en medio de la aflicción
me seduce con su fuego.

Triste y feliz es mi estado...
vos sola de mi altivez
habeis, señora, triunfado:
solo por vos esta vez
débil de amor he llorado.

Perdí ya la paz dichosa
que en otro tiempo gozé
sin adorar una hermosa...
mas si á vos os la entregué,
mi suerte no es enojosa.

No dudeis del labio pio
que hoy acorde agita el estro:
que si perdí el alvedrío,
tan solo para ser vuestro
me huelgo de no ser mío.

Juan Guillén Buzarán.

EL COCOTERO.

Este árbol es uno de los dones más preciosos que el Criador ha hecho á los pueblos que habitan el Oriente. Todo se utiliza en él, la madera, la corteza, el jugo, las hojas y los frutos. Pertenece á la familia de las Palmeras, y crece naturalmente en las Indias, en Africa y en América. Su tronco, que tiene hasta sesenta pies de alto, está coronado por diez ó doce hojas desechas ú horizontales, de diez á quince pies de largo y tres ó cuatro de ancho. Vive mucho tiempo, y da fruto dos ó tres veces al año. Del centro de sus hojas parte un cogollo derecho, puntiagudo y tierno y que es muy grato al paladar. Pero, como se ha notado que el árbol peca infelizmente cuando se corta este cogollo, la mayor parte de los habitantes de las comarcas en que se le cultiva, prefieren privarse de este fruto á hacer sufrir á sus cocoteros una operación que les cuesta la vida.

Los frutos del tamaño de la cabeza de un hombre suceden á flores amarillas que nacen y mueren debajo de las hojas inferiores. Estos frutos que son lisos por la parte exterior, contienen una almendra blanca y dura como la de la avellana y que está rodeada de un licor blanco odorífero, fresco y de muy agradable gusto, pero que disminuye considerablemente en el estado de perfecta madurez. Pero cuando no están mas que á medio madurar los frutos, la cantidad de agua que se encuentra encerrada en cada uno de ellos asciende á muy cerca de cuatro libras. En cuanto á la almendra, su utilidad es extraordinaria; su jugo esprimido, se emplea ordinariamente en la cocina para hacer salsas delicadas, y la me

dicina la receta para emulsiones saludables. El aceyte que de ella se extrae, y del cual se sirven en las Indias, es igual en hermosura al aceyte de almendras dulces, cuando está fresco, pues cuando es rancio solo sirve para la pintura.

Además del jugo que se saca de la almendra del fruto del cocotero, se ha encontrado el medio de recoger otro del mismo árbol, cortando la estremidad de los capullos que dan nacimiento á las flores. Un licor al cual se ha dado el nombre de *vino de Palmera*, y que tiene gran consumo en el Oriente, corre en la herida hecha en los capullos á los vasos que de ellos se cuelgan. Este licor blanco, de un gusto sumamente agradable y dulce cuando está fresco, se vuelve agrio en el espacio de veinte y cuatro horas. Haciéndole hervir al principio con un poco de cal viva, se convierte en azúcar impuro que se emplea para hacer dulces; y si se destila, se saca á las doce horas un aguardiente bastante bueno.

De las hebras que tiene interiormente la cáscara del coco se hacen cuerdas y cables para los buques; y de la cáscara se hacen una infinidad de muebles muy preciosos como son tazas, cucharas, collares, etc. Las hojas se emplean ya para escribir, ya para cubrir los techos de las casas, ó para hacer manteles, cestos y otros varios utensilios de utilidad doméstica. Se asegura que los habitantes de la isla de Nicobal construyen enteramente sus buques con los materiales que les proporcionan los cocoteros y que el cargamento que en ellos llevan y que consiste en aguardiente, vinagre, azúcar, cuerdas etc. es también producto de los mismos cocoteros.

TEATRO DE LA CRUZ.

Mañana domingo 17 se dará el primer

GRAN BAILE DE MASCARA.

Principiará la función á las doce de la noche, y en el momento en que los disponga la autoridad presidente, con una brillante sinfonia desempeñada por el número completo de profesores destinados á la orquesta. En seguida se tocarán, con el intermedio de diez minutos de pieza á pieza, los bailes siguientes:

Wals, Rigodon, Mazurca y Galop.

También se tocarán, cuando los bastoneros lo dispongan, *el Britano y las Italianas.*

Los máscaras podrán entrar con caretas, sin necesidad de descubrirse el rostro en la puerta.

El aubigué, encargado á un acreditado repostero, estará servido con esmero, con economía y en piezas cómodamente preparadas al intento.

En el salón, cuya puerta está frente á la derecha de la cazuela, se ha dispuesto el tocador de señoras.

En otra pieza habrá mesas para juegos permitidos, y personas encargadas de franquear gratuitamente á los concurrentes barajas españolas y francesas.

En la cazuela, por las dos puertas de izquierda y derecha, se ha establecido el guarda-ropa, donde se custodiarán las prendas que gustaren depositar los concurrentes.

En la pieza de descanso, en las destinadas de aubigué y en la de juego se podrá fumar.

El que saliere del teatro no tendrá derecho á volver á entrar, sino presentando nuevo billete.

Habrà un departamento destinado á almacen de trajes y caretas para uso de los concurrentes; y á precio moderado.

La conclusion se anunciará con la GRECA.

Los billetes se venderán en los despachos en que se expenden los de las funciones dramáticas, desde las diez de la mañana hasta la una, y desde las cuatro de la tarde en adelante.

La empresa que tuvo á su cargo los bailes de máscara del teatro del Príncipe en el año próximo pasado, muy reconocida al favor con que el público la honró en todas las funciones, al encargarse de las de igual clase para el año actual en el teatro de la Cruz, ha procurado corresponder en cuanto sus fuerzas alcancen á la benevolencia con que ya se ha visto favorecida.

El alfombrado del salón es nuevo y del mayor gusto: el alumbrado profuso y esmeradamente dispuesto y cuidado; todos los palcos estarán adornados con vistosas colgaduras; y en el servicio particular de cada uno de los departamentos del coliseo, habilitados para el baile de un modo conveniente, se procurará que el público esté puntualmente servido.

La empresa se lisonjea de conseguirlo en virtud de las disposiciones que tiene adoptados; y no duda que el carnaval de 1841 será en el teatro de la Cruz lucido, brillante, alegre, de buen tono, digno en fin de la cultura y elegancia de la capital del reino.

PRECIO, DOCE REALES VELLON.

EDITOR: DON IGNACIO BOIX.